

En la segunda parte el autor recuerda su infancia y adolescencia. Desde muy temprana edad el negro se da cuenta de que está terriblemente amenazado y de que es necesario que encuentre en seguida "una cosa" "un truco", que le sirva de punto de partida. La naturaleza de este truco es absolutamente secundaria. En la adolescencia del negro normalmente el crimen aparece como "la" solución, no como "una" solución, para defenderse de esa amenaza que intuye porque se da cuenta que el blanco no vive conforme a los principios que pregona. El autor, a los catorce años, sufrió una crisis religiosa profunda en la que descubrió a Dios, sus ángeles, sus santos y los fuegos del infierno y que le hizo precipitarse en el seno de la Iglesia. Sin embargo, dos cosas le obsesionaban. Una de ellas es que, tanto él como los hampones de Harlem eran producto de condiciones idénticas. La otra era el miedo que siempre advertía en la mirada y en la voz de su padre. Este miedo hace que millones de seres de color estén subyugados, pero esperando venganza. Es la intransigencia y la ignorancia del mundo blanco quienes harán inevitable esta venganza. A fin de canalizar las fuerzas adormecidas y explotadas de estos seres, los Estados Unidos están obligados a echar a la basura la totalidad de los postulados de los que se han servido durante tanto tiempo para justificar su existencia y sus crímenes.

Es necesario, por otro lado, que los blancos y los negros conscientes intenten hacer de los Estados Unidos un verdadero país y cambiar el curso de la historia, porque si no sería inevitable esa venganza histórica, cósmica que ninguna policía, ni ningún ejército podría detener. Hay que evitar por todos los medios que se cumpla esta profecía tomada de la Biblia: "y Dios dijo a Noé: mira el arco iris en el cielo; el agua no caerá más; me queda el fuego".

J. J. DE ARTEAGABEIIIA

LOUIS BODIN: *Les intellectuels*. Presses Universitaires de France, París, 1963, 124 páginas.

Dos frases nos llevan rápidamente al contenido y a la vez al motivo de este nuevo resumen vulgarizador de la conocida colección "Que sais-je?" de "Presses Universitaires de France". "Los intelectuales están de moda", y más adelante: "es, en efecto, casi tan difícil hablar con sangre fría de los intelectuales como en otro tiempo de los jesuitas".

Empieza por estudiar el nacimiento de la palabra "intelectual" en sentido sustantivo, que existe en inglés desde el siglo XVII, mientras que en francés aparece sólo a finales del siglo XIX. Al parecer, con motivo del asunto Dreyfus, publicó "L'Aurore" del 14 de enero de 1898, bajo el título "Manifiesto de los intelectuales", el texto siguiente: "Los abajo firmantes, protestando contra la violación de las normas jurídicas en el proceso de 1894 y contra los misterios que han rodeado el asunto Esterhazy, persisten en pedir la revisión". Seguían una lista de nombres, entre los que figuraban Emilio Zola, Anatole France, Marcel Proust, Leon Blum y otros. Las reacciones que la innovación lingüística y el texto que amparaba produjeron, véanse por esta muestra: ... ¡Y esta petición que se hace circular entre los intelectuales! El sólo hecho de que se haya creado recientemente esta palabra, *intelectuales*, para designar como una especie de casta nobiliaria, a las gentes que viven en los laboratorios y las bibliotecas, este sólo hecho denuncia una de las extravagancias más ridículas de nuestra época; me refiero a la pretensión de elevar a los escritores, sabios, profesores, filólogos, al rango de superhombres. Las aptitudes intelectuales que, ciertamente, no desprecio, no tienen más que un valor relativo. Para mí, en el orden social, es más de estimar el temple de la voluntad, la fuerza del carácter, la seguridad de juicio. la experiencia práctica. Así, yo no dudo en colocar a tal

agricultor o a tal negociante que conozco, muy por encima de tal erudito, o tal biólogo, o tal matemático que no quiero nombrar". Hemos querido hacer una cita tan larga para una recensión, porque es muy explicativa de un estado de cosas que continúa. El autor del tomito recoge unas cuantas más, igualmente interesantes y explícitas, que no podemos reproducir por la necesaria brevedad de estas notas.

Recoge Bodin a continuación una serie de definiciones del término "intelectual", contradictorias además de insuficientes en general. Para remediar esta dispersión terminológica y conceptual, ha habido autores que han preconizado definiciones teniendo en cuenta las diferentes categorías y niveles. En general se distinguen los creadores de cultura de los distribuidores o vulgarizadores; también puede hablarse de los ejecutores, que la realizan o ponen en práctica (como médicos o abogados). Aclara asimismo que los diversos grupos o niveles no pueden tener la misma significación en sociedades diferentes ni en épocas diversas.

Hace una alusión a los "intelectuales comprometidos", término y concepto también muy en boga. El autor se muestra decidido partidario del compromiso: intelectual y comprometido significan lo mismo; no cree en la existencia de intelectuales no comprometidos.

Seguidamente traza una especie de historia de los intelectuales a través de los tiempos. En la antigüedad, al parecer, no había intelectuales. Nacieron precisamente a principios del siglo XII. Y, naturalmente, en París. La historia de los intelectuales hasta el siglo XIX es cosa francesa, con algunas excepciones referentes a otros países, donde también, si nos dejamos guiar de Bodin, y por excepción, han existido intelectuales. Este franco-centrismo que nos hace sonreír demasiado frecuentemente cuando leemos estas excelentes —en general— orbitas de vulgarización, empaña la

limpieza y corrección con que suelen hacerse.

Señala a grandes rasgos el paso del intelectual docente, en contacto con los que le escuchan, al intelectual escritor. Y también de la proletarianización del intelectual en nuestros días (los "proletarios del cuello duro", de J. Kanapa). Señala, de todos modos, que la evolución de las profesiones intelectuales no es ni idéntica ni recíproca. En general es partidario de no considerar a los intelectuales como una clase social determinada, puesto que viven dispersos en varias.

La integración del grupo se realiza sólo cuando tiene conciencia de sí mismo como tal grupo; es decir, de lo que le separa de los demás hombres, aunque ello pueda parecer paradójico. Explica el fenómeno mediante datos sacados de Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

El papel del intelectual en la vida pública depende también de la complejidad de profesiones englobadas en tal término. Gira en general entre ser el representante del orden establecido o, por el contrario, detentará un significado revolucionario en cumplimiento de la función profética de los intelectuales.

Dedica bastante espacio, seguidamente, el autor, al análisis de estos problemas con encuadres nuevos que no se pueden recoger en estas pocas líneas, analizando grupos diversos o profesiones diversas de intelectuales (funcionarios e ingenieros, moralistas y objetores, revolucionarios y políticos, etc.)

Explica el autor cómo los intelectuales, que en sus orígenes eran cosmopolitas, fueron replegándose al correr de los siglos al interior de las fronteras, para retornar últimamente de nuevo a lo que llama "la internacional de los intelectuales". El papel de la UNESCO, como símbolo y canalización de esta vida cultural internacional, es puesta de relieve.

El libro termina por una recapitulación de problemas, de la que se de-

duce que la palabra intelectual engloba cosas tan diversas que en realidad la significación positiva y válida del grupo no puede hacerse. No es sólo la oposición entre el intelectual humanista frente a la "incultura especializada", ni la ingeniosa y sofisticada distinción entre el escritor cuando es-

cribe una novela y cuando habla de las torturas en Argelia.

De todos modos, el esbozo de la cuestión tiene vida e interés, ofreciendo multitud de aspectos dignos de meditar por el hombre de nuestro tiempo.

T. ALVAREZ